

especial para El Financiero, edición del 27 de junio de 1991

Tamayo, ciudadano

jueves

miguel ángel granados chapa

Es una característica adolescente de nuestro modo de ser nacional la necrofilia. Los defectos de una persona desaparecen con su muerte. No es irreverente citar, por auténtica, la frase de una canción de Salvador Chava Flores, que resume la transformación de las opiniones operada por un fallecimiento: "Cuando vivía el infeliz,/¡ay, que se muera!./y hoy que ya está en el veliz/ ¡qué bueno era!". Si eso pasa con los simples muertos, es más intenso el fenómeno en torno de los cadáveres ilustres. Por ejemplo, el de Tamayo.

Corro el riesgo de aparecer necrofilico. No lo haré, sin embargo, en relación con su arte, porque aun sus detractores fueron al paso del tiempo rindiéndose a la evidencia de su poder creativo, de la luz desprendida de su mano. Quiero en cambio llamar la atención sobre el Tamayo ciudadano, es decir el personaje conciente de su talla personal, que la pone al servicio de causas en las que cree.

Una vertiente de esa cara del artista fallecido el lunes, es la de benefactor. Su arte le permitió reunir una enorme fortuna que no atesoró exclusivamente para su disfrute personal. Asilos y museos fueron los principales, pero no los únicos destinos de su liberalidad. La practicó con larguezza y discreción, sin gastar más en difundir lo donado que en el importe de la donación misma. Quienes lo conocieron de cerca saben que, además, no se comportó de ese modo por resabio de su niñez empobrecida ni con culpas por los caudales que su trabajo le entregó. Como en otras manifestaciones de su vida ciudadana, su desprendimiento fue señal de su libertad, y del respeto que tenía por sí mismo, exactamente lo opuesto a la vanidad. Con modestia informada, sacó de aprietos al Senado de la República en 1988, cuando aceptó la medalla Belisario Domínguez cuando le fue ofrecida sólo porque otra persona la había rechazado. En cambio, se alzó con enorme dignidad frente a la prepotencia de Televisa, que pretendió manipular su generosidad y su persona en la célebre ruptura relacionada con el Museo Tamayo del Bosque de Chapultepec en la ciudad de México.

Lejos de encarnar la figura del ~~a~~ creador desasido de la realidad, encerrado en su torre de marfil, Tamayo fue en el más exacto sentido de la vaga expresión, un hombre de su tiempo, es decir, conocedor de los problemas de cada hora, y colocado de un modo específico frente a ellos. Se difundió a lo largo de mucho tiempo una idea opuesta a la ofrecida por ~~los~~ su conducta real. Un estereotipo afortunado, tanto como falso, lo presentó como un artista sin ideas políticas, entregado sólo a la pintura, en contraste con los otros grandes de la Escuela Mexicana, muy conocidos por su actividad creadora tanto como por sus actos de militancia política.

A diferencia de Siqueiros, que combatió en una guerra extranjera, usó las armas en episodios menos edificantes y padeció cárcel, y a diferencia también de Diego Rivera, miembro del Partido Comunista, Tamayo ~~sí~~ ^{pues} poco énfasis en hacer conocer su pensamiento político. Pero no carecía de él. Sólo distinguía entre el arte y la militancia, atribuyéndoles igual categoría, pero separando en su vida personal la una de la otra. Aunque tal vez estamos diciendo una tontería: lo cierto es que ^(no quiso subordinar el acto de creación a un prejuicio ideológico, pero no rehuyó hacer valer su reconocida condición de artista valorado mundialmente frente a situaciones que le provocaban una reacción política.)

Así, rechazó una condecoración del gobierno de Guatemala, por provenir de un régimen militarista. Y elevó su antifranquismo a la categoría de principio irreductible al negarse dos veces a participar en exposiciones patrocinadas por el gobierno de Madrid, en los años cincuentas, y además rechazó un premio nacional español. El episodio le fue útil, además, para dar una lección a los "pintores demagogos", como los llama sin identificarlos, que encandilados por los premios jugosos de la Bienal de Barcelona depusieron la opinión que Franco les inspiraba (o decían que les provocaba), para acudir a esa muestra.

En una carta publicada por Fernando Benítez en Méjico en la Cultura, el legendario suplemento cultural de Novedades, en octubre de 1955 (y recogida después en una recopilación de textos debidos a Tamayo por su devota Raquel Tibol),

el gran artista oaxaqueño~~X~~ les espeta su inconsecuencia:

"Pintores demagogos: frente a ustedes levanto mi más enérgica protesta porque han traicionado a la revolución y se han traicionado ustedes mismos y les digo: ¡Ojalá que todos ustedes obtengan premios en esta memorable Bienal que ha servido para desemascararlos. Ojalá que a los directores de ella se les ocurra dividir el Gran Premio que yo arrojé al cesto de lo indeseable, en tantas partes cuantos son ustedes, para así tener el gasto de reír a carcajadas limpia cada vez que esté cada uno de ustedes frente a mí.

"Cuando reciban sus premios, no se olviden ~~que~~ de que sobre ustedes estará mi artista clavada ~~la~~ mirada, así como la de ese gran ~~hombre~~ e íntegro ~~hombre~~ hombre que, estoy seguro, ya desde ahora les dirige una mirada de desprecio desde su retiro de Prades.

"Cuand ustedes reciban su dinero, ojalá sientan que se les queman las manos y el alma con la sangre de quienes en España cayeron defendiendo la libertad de la que ustedes sólo hablan".